

CUANDO CREADOR Y DOCENTE HABITAN LA MISMA MORADA*

Carlos Morand

Se suponía que en ocasión de este acto inaugural yo iba a dictar una conferencia. Pero la verdad es que lo que ustedes van a oír no es una conferencia; al menos en el sentido usual de la palabra. Ahora, si ustedes me preguntan cómo sé que lo que oirán no es una conferencia, debo responderles que aunque jamás he sabido muy bien qué es lo que deseo escribir, sé muy bien que no sé escribir conferencias. Ahora, si ustedes me preguntan si no es una conferencia lo que oirán, entonces qué es, yo debo responderles que tampoco lo sé, salvo que no es una conferencia, por lo tanto (y lamentablemente) no nos queda, a ustedes y a mí, más remedio que escucharlo para saber lo que es.

En los escritos autobiográficos de cierto personaje, cuya identidad no vamos a revelarles todavía, se lee la siguiente confesión:

“Empezaré por evocar el recuerdo de mi primera caída, la cual ocurrió en un momento de mi pérdida infancia, entendiéndose los términos “caída” y “pérdida” en la doble acepción que les otorga nuestra lengua.

“Bajo el ojo derecho conservo una breve cicatriz. Para conocer su historia deben imaginarme en una camilla de la sala de primeros auxilios de la Asistencia Pública. Un médico me aplica unos puntos, y yo, como es de presumir, lloro a gritos. Pero esas suturas y esas lágrimas son la consecuencia; conozcamos, por lo tanto, la causa.

“Tengo cuatro años; es una tarde de domingo, la última que bebí leche en mamadera, rito que practicaba golosamente tendido en mi cama. Pero aquella vez, no recuerdo la razón, me obligaron a cumplirlo sobre la cama de mi hermano. Yo no me sentía cómodo en cama ajena, y apenas me dejaron solo, decidí trasladarme a la propia. Me disponía a

*Texto leído en el Acto Inaugural del Tercer Seminario Nacional de Estudios Literarios. Universidad de La Frontera, Temuco, 20 de noviembre de 1984.

hacerlo, cuando alguien, que debió leer mis pensamientos, me ordenó que me quedara donde estaba. Digo “alguien” porque en ese punto entra a actuar “el Otro”. “El Otro”, pues por aquel entonces yo tenía un antagonista, un pelma muy serrote con el que discutíamos y nos peleábamos. Suelen tenerlo los locos, pero a mi edad aquello era todavía normal. Y fue “el Otro” el que me advirtió que si me habían puesto a beber la mamadera en la cama de mi hermano, no me quedaba más remedio que obedecer. Le respondí que no tenía por qué obedecer, que iba a levantarme y cruzar el dormitorio para recuperar mi cama.

“Y así lo hice.

“Y no había dado más que unos pasos cuando alguien me hizo tropezar con la alfombra. Cayó la mamadera, y yo llegué detrás, de carita sobre los vidrios.

“Desde ese día empecé a beber la leche en taza, como un niño grande. Al “Otro” no lo castigaron ni le pusieron puntos en la cara. Aún más: sigue conmigo. Hasta hoy día”.

Con el fin de entender bien lo que presentaremos a continuación, desde ahora llamaremos al “Otro”, al “pelma serrote”, *El Profesor*; y al tonto de la cicatriz, *El Escritor*.

Como lo anuncia el programa, el tema de este espacio es “Cuando Creador y Docente habitan la misma morada”, título que por su tono algo presuntuoso está delatando que fue acuñado por el Docente. El Creador —estamos seguros— lo habría denominado “El Profesor y el Otro”, o mejor aún, “El Escritor y el Otro”.

Empezaremos por presentarles al Escritor, ya que éste —como ha sucedido en la historia de la cultura— es anterior al Profesor. Porque si no hemos aprendido mal, desde que el mundo es mundo, primero alguien escribió la obra y en seguida otro la leyó, la estudió y la enseñó.

En el caso de nuestro Escritor, sabemos que comenzó a escribir antes de haber terminado de aprender las primeras letras. Como sucede con el origen de toda literatura, sus narraciones eran orales. Mientras en la sala de clase un caballero de nudillos muy duros intentaba inculcarle, a golpe de los mismos, el dibujo de la A y de la B, durante los recreos el niño le contaba a sus compañeros la película que había visto el fin de semana. La contaba una y otra vez, alargando, puliendo, cambiando, inventando, hasta que a la vuelta de los días, de tanto repetir la versión original, la última se había convertido en una obra nueva y diferente.

Esta asombrosa experiencia de sus primeros balbuceos literarios, nuestro Escritor —que nunca ha dado puntada sin hilo— la usaría muchos años más tarde como material de una novela que lleva el incomprensible título de *El espejo de los búhos*.

Para aquellos pocos que aún no la han leído, diremos que tiene como

protagonista a un joven que se ha fascinado de tal manera con cierta película, que no para de contársela a todo el que está dispuesto, o no dispuesto, a oírsele. Luego, cuando descubre que contarla no le basta para recrear los goces que le produjo el verla, empieza a actuarla, asumiendo él un papel en la historia. Esto le significa, naturalmente, introducirle algunas modificaciones a la obra; por ejemplo, reducir a un papel secundario, o eliminar del todo, a los personajes que no se ajustan a las nuevas versiones. Pero en seguida, al comprobar que actuarla tampoco es suficiente, comienza a reescribirla, lo cual también le significa introducirle más modificaciones. Y así prosigue hasta hacer de la película, ahora por escrito, una obra nueva y diferente. Pero lo que es más importante, nuestro héroe de *El espejo de los búhos* descubre que en el proceso de reescribirla logra al fin entrar de cuerpo entero en el mundo de la película.

Para entender mejor esto último, citaremos un pasaje clave de la novela:

“Me sentía feliz. Estaba haciendo un trabajo glorioso, sin los dolores del parto, el fantasma de la duda, las enojosas tachaduras y vueltas atrás. Laboraba como un inspirado. En el proceso de escribir vivía Anamosa —con ese nombre había bautizado nuestro héroe el pueblo donde transcurre la película, y ahora su relato— y por el acto de vivir Anamosa escribía el libro”.

Lo que vino después, el mismo Escritor se ha encargado de contarlo en otra de sus novelas, *Llegarán de noche*, título —como pueden ver—harto menos abstruso que el citado anteriormente.

Aquí, una voz interior se dirige al protagonista, un escritor, recordándole cómo fue descubriendo el poder de la ficción:

“Hay algo en esta tarde que te recuerda las tardes de tu infancia, tardes de calma triste al regreso de un viaje de aventuras por tu cuarto, tardes plegadas sobre sí mismas, perfectas, como un texto que no precisa más retoques. La selva, el desierto, los jinetes blancos, las navegaciones submarinas, las islas deshabitadas, las ciudades perdidas, han regresado a los muros. Cansada, tu imaginación no es capaz de engendrar nuevas ficciones. Entonces no necesitabas construir utopías; tu mundo era “el” mundo; no conocías ni tristezas ni limitaciones, no reparabas en la imperfección ni en la mutabilidad de las cosas; vivías un presente absoluto. Pero un día el mundo dejó de ser “el” mundo. Hubo dos mundos, como dos esferas que no ajustan; hubo el espacio que cercaba tu cuarto, y éste, en el que ya apenas cabías. Te costaba ahora encerrarte en tus juegos. Cuando movías a tus criaturas, sentías que alguien te observaba, un adulto que desde la distancia se burlaba de las extrañas piruetas de un niño que comenzaba a tener más de loco

que de niño. Necesitaste entonces encontrar otra dimensión que te acogiera. Fue así como un día te sorprendiste tratando de recrear los mismos juegos en la superficie de un papel. Recrearlos, ponerlos en movimiento, ahora por la acción de la palabra. Desde ese momento, escribir pasó a ser la prolongación de tus juegos y un aplazamiento de su muerte.

“Así empezaste. Habías dado el primer paso, habías aprendido la magia de duplicar el mundo y hacerlos calzar como una sola esfera. Luego aprendiste a vencer la limitación que te oponía el espacio físico. Descubriste el secreto más oculto: el sentido último del ensueño y de la ficción. Se te reveló que en ese ámbito personal podías, como en el juego, manejar tiempo y espacio a tu voluntad, reducirlos, abolirlos: estás aquí, corte, ahora estás a kilómetros, a semanas de distancia, y tú sigues siendo el mismo. Descubriste que las historias pueden ser reversibles, que cada diálogo revela algo y que ningún gesto es gratuito. Descubriste que no hay tiempos muertos, esas exasperantes pausas en el pulso de la vida que llenamos malamente con sonrisas, murmuraciones y bostezos. En el universo del ensueño y de la ficción, siempre estará ocurriendo algo, incluso en una larga escena de hastío o de silencio está ocurriendo algo, porque ese tedio y esas palabras que nadie pronuncia, son partes inteligibles de un Todo que es la Obra”.

El Escritor había descubierto el poder de la ficción, pero en un comienzo, escribir fue mucho menos una empresa artística que un refugio, un ejercicio febril, una trinchera, un arma arrojadiza, un grito. Escribía contra los que ponían límites a sus dispersiones de adolescente. Escribía para reducir el poder de sus enemigos: clavaba palabras en muñecos hechos con trozos de sus ropas y mechones de sus cabellos. Escribir era un camino que le conducía a un ámbito íntimo y personal donde la irrealidad era su mejor defensa contra cierta sórdida tristeza que él descubría fatalmente en cada rincón, rostro o piedra de una ciudad a la que se seguía sintiendo extraño. En fin, escribir era un acto puramente emocional sobre cuyos trazos no le interesaba volver. Por ese motivo, sus primeras novelas quedaron sin corregir. ¿Con qué objeto hacerlo? No habría tenido más sentido que el repetir un ejercicio de gimnasia que se practica con la única finalidad de cansar el cuerpo y descargar los nervios.

Pero un día nuestro Escritor descubrió que había empezado a escribir por el gusto de combinar palabras, por el deseo de fabricar un objeto —sólido, de peso, brillante—, que de tan real rodara por el suelo.

“Si la vida no es más que una espera entre dos trenes, pues bien, yo prefiero llenarla escribiendo”.

Muchos años han pasado desde que el Escritor hizo esta declaración. Se hallaba por entonces en la edad de las frases retumbantes. Pero, con todo, sigue aquella sentencia expresando su sentir. Y con el fin de practicarla mejor, de cumplirla a conciencia cada vez que le llegara el momento —terrible momento— de ir a encerrarse en la “sala de partos”, un día redactó para sí una lista de consejos, los cuales hoy conocemos con el título de “Meditaciones para un Miércoles de Ceniza”.

Permítasenos espigar, para beneficio de ustedes, algunas de estas máximas, dignas ellas —ciertamente— de la ingeniosa pluma de La Rochefoucauld:

“No escribas porque te complace el dibujo de tu caligrafía”.

“No escribas porque el papá y la mamá te han prohibido terminantemente hacerlo”.

“No escribas porque la tía del lunar y el vecino que colecciona mariposas y el caballero que lleva tu cuenta bancaria hallan encantador que lo hagas”.

“No escribas porque te fue mal en el curso de decoración interior, y antes te habías aburrido del trabajo de esmaltado en cobre. Antes de intentar la creación literaria, prueba con los arreglos florales o como voluntario de la Cruz Roja”.

“No creas que ese fuerte dolor de cabeza es señal de que hace mucho tiempo que no escribes. Ensayá primero una aspirina”.

“No escribas o sigas haciéndolo porque debes justificar cada día los honorarios que tu padre pagó a la matrona”.

“No elijas el oficio de escritor porque tu abuelo y tu padre también lo ejercieron. 1) Puede que llegues a escribir peor que ellos. 2) La creación literaria no es un negocio que se adquiere con solo pagar el impuesto a la herencia”.

“No escribas creyendo que después de haber redactado dos líneas, la tercera va a revolucionar la literatura universal”.

“Cuando expreses una idea por escrito, léela, bórrala y escríbela de otro modo. La primera redacción es casi siempre un lugar común o una frase recibida”.

“No sigas escribiendo porque al hacerlo una vez te sentiste entrar en un universo liberado del Tiempo. Cuando lo abandonaste, eras de todos modos unos minutos más viejo”.

“No escribas porque crees que escribiendo quedarás fuera de la Rueda de la Vida. Considera la vocación literaria una fuerza más que ayuda a Sísifo a empujar su roca”.

“No escribas porque crees que de esa forma salvarás tu alma. En la

otra vida te pedirán igualmente cuenta de tus actos, y quizás los encargados de juzgarte sean deliberadamente analfabetos”.

“Finalmente, haz tuya la sentencia de aquel escritor: hay mucha diferencia entre escribir bien y escribir mal, pero hay una diferencia aún más grande entre escribir muy bien y el verdadero arte”.

Mis estimados auditores de este programa, hasta ahora ha tenido la palabra el Escritor, y no creemos equivocarnos si afirmamos que ha sabido usarla. Pero, entretanto, ustedes han empezado a preguntarse, con gradual impaciencia, dónde está nuestro otro invitado. A esto podemos responderles que ya se halla con nosotros... ¡Señoras y señores, con ustedes ... el Profesor!

(El Profesor aparece en el escenario, mira hacia el público, sonríe encandilado por las luces, toma asiento a nuestra izquierda y con un gesto nervioso se acomoda el nudo de la corbata).

Entretanto, damos lectura a la historia de su vocación, testimonio de la cual el Escritor ha dado cuenta en su novela *Ohtumba*:

“Acababa de terminar los estudios secundarios. Sus compañeros de clase habían elegido ya carrera, novia, modelo de auto; él era el único (se imaginaba el único) que ansiaba saciarse con esa libertad que uno hace suya con sólo cruzar por última vez la puerta del colegio.

“Aquel mismo verano, un regalo en dinero lo tentó con unos días en un balneario de la costa. El lugar tenía algo de la playa de su infancia, la caleta donde iba cada año, un caserío en que el océano se juntaba con la tierra por obra de su gente, hombres y mujeres que de día criaban aves, cultivaban hortalizas, horneaban pan, para irse en la noche a botar las redes mar adentro. En la orilla, las olas batían contra los restos inmemoriales de un naufragio, cuatro fierros negros que desafiando la obstinación de las aguas, reservaban para él una cabina intacta llena de preciosos instrumentos de navegación.

“También aquí el mar tenía un latido diferente. Las olas se sucedían como versos de una inspiración infinita, en una cadencia que proclamaba —pronto lo descubrió— los dominios del Poeta del Signo del Pez.

“Cuando fue a visitarlo, lo encontró cultivando su jardín, vestido de almirante. El poeta lo saludó y lo invitó a pasar a su gran estudio colmado de bitácoras, catalejos, agujas de marear, mascarones de proa, globos terráqueos y viejos portulanos, y mientras le contaba al Poeta quién era él y qué deseaba ser, sentía que por fin entraba en la maravillosa cabina que allá en la playa de su infancia el mar había estado reservando para él.

“Empezó por el principio, contándole la historia de sus vocaciones. A los seis años, bombero, pirata y pielroja (sucesiva o simultáneamente, no recordaba); a los doce, conflictos filiales y domésticos le mostraron

la Legión Extranjera como único destino posible; a los quince, nada. No omitió el cursillo de orientación vocacional que recibiera en el último año de colegio, y de su respuesta cuando le preguntaron por cuál carrera se sentía más inclinado, y de la carcajada de sus compañeros al oírle decir “Arqueología”. Se habían reído porque lo tomaron en serio. No sabían que Egipto, Chichén Itzá, Persépolis, significaban para él tumbas secretas, tesoros, maldiciones milenarias. No en vano se había hartado de ciertos libros durante los años que duró esa alegre película de aventuras que se llama la infancia.

“Cuando acabó de referirle al Poeta la historia de sus múltiples vocaciones, le habló de sus designios. Pero el Poeta del Signo del Pez se quedó un momento pensativo, como si no lograra poner en un solo acorde “escritor” y “periodista”. “¿Por qué periodista?”, le preguntó con su voz nasal y quejumbrosa. “Porque ambos oficios se complementan”, respondió él en el acto. El Poeta no opinaba igual: “El periodismo le mata el estilo al escritor, le obliga a escribir en la prosa ramplona de los periódicos. ¿Por qué no estudia para profesor de algo? De castellano, por ejemplo. Gánese la vida haciendo clases. Eso nunca matará al escritor que puede haber en usted”.

“Una hora, una simple hora entre tantas horas, tres mil seiscientos segundos, un destello en el curso de una vida, una hora que pudo gastar en comerse un plato de almejas o en ir a tenderse al sol de esa playa para mirar el vuelo de las gaviotas, la ocupó aquella tarde en visitar al Poeta del Signo del Pez, y su consejo seguirá repercutiendo, mañana y siempre, seguirá ordenando decisiones y encadenando hechos, como otra fatalidad. Lo digo porque atendió a sus palabras y al año siguiente se matriculó en el Instituto Pedagógico”.

Lo que acabamos de leerles nos lleva a preguntarle al Profesor por aquel pasaje donde se dice que por un tiempo tuvo la idea de hacerse escritor.

Nos responde con gravedad:

—Tuve esa inquietud, pero decidí finalmente regalársela al caballero que está sentado a su derecha.

Nos volvemos entonces hacia el caballero que está sentado a nuestra derecha:

—¿Diría usted que su oficio y el oficio del caballero que está sentado a nuestra izquierda son incompatibles?

(El Escritor aparta los ojos de la polilla que, acaso atraída por el brillo de la calva, no para de revolotear sobre la cabeza del Profesor).

—Por el contrario, yo diría que entre él y yo se ha establecido una suerte de simbiosis.

(Consultamos de inmediato el diccionario: “Simbiosis: asociación de

individuos animales o vegetales de diferentes especies, en la que ambos asociados o simbioses sacan provecho de la vida común”).

—A la luz de la definición, ¿puede explicarnos en qué consiste la tal simbiosis entre ustedes? —le preguntamos al Escritor.

—Muy simple: él me inspira y yo lo inspiro a él. Muchos temas literarios me han nacido cuando él se hallaba en esa otra “sala de partos” donde se alumbraba y se ayuda a alumbrar. Me refiero a la sala de clase.

—¿Puede afirmar lo mismo por su parte? —le preguntamos al Profesor.

(El Profesor arruga el ceño y se aplasta la polilla contra la calva).

—Me inspira, sí ... pero a cometer disparates. Lo que hace a menudo es desviarme de mis sabios propósitos. Cierta vez me invitaron a dictar una conferencia sobre Kafka. Yo quería hacer algo serio, de alto, altísimo nivel académico, y lo que resultó por culpa de aquel caballero fue una anticonferencia, o para decirlo con sus palabras, “una conferencia que acabara con todas las conferencias”.

—¿Diría, entonces, que un escritor no debe trabajar en un departamento de estudios literarios? —le preguntamos.

—No diría eso. Más aún, diría que sujetos así son necesarios, pero en dosis prudente. Del mismo modo como una madre sabe más de un niño que una partera, un escritor suele ver mejor una obra por dentro que el analista más perspicaz que nunca ha perpetrado un miserable verso en toda su vida. Sin embargo, para poner las cosas en su lugar, y por mi experiencia en aquella charla sobre Kafka, mi opinión es que un departamento de estudios literarios constituidos únicamente por escritores sería una casa de locos.

—Gracias, Profesor. Pedimos al público un aplauso por su respuesta ... Ahora, volviendo a la simbiosis, ¿podría el Escritor explicarnos con un ejemplo concreto las inspiraciones que obtiene de la tarea del Profesor?

(El Escritor se pavonea en el asiento como si hubiese estado aguardando la pregunta).

—Un ejemplo entre muchos. Cierta vez que el Profesor daba un curso sobre el *Quijote*, se me ocurrió una idea para una historia. Trataría del más original de los chiflados. Porque creerse Napoleón o Sherlock Holmes no tiene nada de insólito. Un penoso lugar común. Pero un profesor al que se le seca el cerebro de tanto enseñar el *Quijote* y se larga un día a imitar las hazañas del Hidalgo de la Mancha ... ¡Imagínese usted! Don Alonso Quijano pierde el seso de tanto leer libros de caballería. Eso es todavía normal. Pero que otro lo pierda de tanto estudiar las aventuras de Don Quijote ... ¿Qué tenemos entonces? Pues,

la historia de un loco que se entrega a imitar las acciones de otro loco. ¿Y qué tenemos ahí? Pues, un loco al cuadrado.

—¿Qué le parece la idea? —le preguntamos al Profesor.

—Qué quiere que le diga: un perfecto disparate. Nadie se vuelve loco por leer un libro que es un antídoto contra la locura. Es un absurdo.

—¿Qué nos puede decir de esa respuesta? —le preguntamos al Escritor.

—Primero, que ya la conocía. Lo hemos discutido una infinidad de veces, tantas que se ha vuelto uno de nuestros más comunes duelos verbales. Pero debo añadir que me gustan esos duelos verbales. Más aún, los necesito. Son la prueba de resistencia de materiales, el ejercicio destinado a comprobar la solidez de una inspiración. Me permiten sentir que ella es real: que posee cuerpo, densidad, textura. Sin duda el Profesor aparece aquí como un aguafiestas, pero ya sabemos que un escéptico entre el público hace que los trucos del mago luzcan mejor. Así, mientras menos sentido tiene para el pobre una ocurrencia mía, más me empieza a gustar; mientras más falsa la juzga, más verdadera me va resultando; y de ese juego dialéctico entre la fantasía y la mente racional, entre la inteligencia poética y la inteligencia lógica, entre el disparate y la sensatez, suelen nacer esas pequeñas criaturas que luego me tocará fijar en el papel.

—¡Excelente respuesta! —no podemos dejar de proclamar, y solicitamos al público un aplauso para el Escritor—. Ahora, señor Profesor, acaban de decir que usted es un aguafiestas, un escéptico, en otras palabras, un esqueleto en el banquete de la imaginación. Sin embargo tenemos antecedentes de que usted suele practicar la ironía, el juego verbal, el chascarro, y que hasta se permite una que otra irreverencia, una que otra blasfemia. Por ejemplo, en una ocasión se puso a jugar con los términos acuñados por los teóricos de la literatura cuando descubrió que algunos de esos términos suenan como nombres de enfermedades. ¿Podría repetir para nosotros uno de esos chistes?

(El Profesor dirige hacia el público una mirada avergonzada).

—Lo que me pide es una impertinencia. Rehúso a hacerlo —murmura, colorado hasta los dientes.

—¡Yo lo repetiré por él! —interviene el Escritor—. Uno de sus chistes favoritos es: “Don Fulano de Tal acaba de fallecer víctima de una larga y dolorosa polisemia” ... Y el otro: “Le diagnosticaron una metalepsia aguda; no alcanzó a llegar a la Posta”... Y este: “Lo operaron y le sacaron un oximoron de este porte” ...

(Esperamos a que se apaguen las risas).

—Se ha sabido también que usted suele darles consejos no del todo

científicos a sus alumnos —le decimos al Profesor—. A uno que le pidió que le enseñara a fichar la *Vida del Buscón* porque deseaba escribir un trabajo sobre el humor en la obra de Quevedo, usted le respondió ... ¿Recuerda lo que le respondió?

(El Profesor vuelve a ponerse colorado).

—No recuerdo.

—Pues, nosotros sí, Profesor. Usted le dijo al alumno: “Para fichar el libro atendiendo al tema del humor, empiece por subrayar todas las partes que le hagan reír a carcajadas”. ¿Recuerda ahora? ... ¡Conteste!

—Sí.

—¿Y le parece a usted que ese es un método científico de fichar un libro? ¡Conteste!

—Claro que no —murmura el Profesor—. Pero en mi descargo debo aclarar que aquel consejo me lo inspiró el Escritor. Mi palabra.

(El público abuchea. Nosotros nos limitamos a mirar al Profesor con un gesto de desprecio).

—Vamos a la siguiente pregunta. Señor Escritor, ¿qué aspectos negativos halla usted en la simbiosis que mantiene con el Profesor?

—La hallo en la importancia creciente que han ido tomando los estudios literarios, lo cual me hace sentir a veces que he empezado a escribir para los profesores de literatura. Y algo peor que eso: que muchas obras que escribí para que las entendiera cualquier hijo de vecino, resulta que ahora los profesores de literatura las han convertido en obras exclusivamente para profesores y estudiantes de literatura. Advertido también que el Profesor, por conocer todos los trucos técnicos y estilísticos, me induce a componer unas máquinas perfectas que sólo pueden ser comprendidas en un curso de teoría literaria. Unas máquinas donde todo está presente, menos el alma del autor. Para decirlo de otra manera: de la rosa sólo el nombre, no su perfume.

—¿Es todo?

(El Escritor sonríe con tristeza).

—Hasta mis chistes, antes tan simples, tan llanos, están pensados para los teóricos de turno. Por ejemplo éste, cuya elaboración me costó más de un insomnio: dos personajes de una novela, marido y mujer, discuten en el living de su casa. De pronto él suelta un garabato de esos gordos. Ella, luego de mirar a su alrededor, le dice: “Querido, no digas groserías mira que nos pueden estar leyendo”.

(Un silencio de bóveda sigue al chiste del Escritor. El Escritor hunde la cara en las manos. El Profesor ríe a carcajadas).

—¿Lo entendió? —le preguntamos.

—¡Por supuesto! ¡Es el mejor chiste que he oído en muchos años! ¿Se lo explico?

—No gracias —replicamos. Y nos volvemos hacia el Escritor—: ¿Le ha servido para un mejor entendimiento de su propia obra el estudio que de ella ha realizado el Profesor?

—Me ha servido, salvo cuando le entra por aplicar un método que me pone carne de gallina. Es, diríamos, su cuadratura del círculo: un método basado en ecuaciones algebraicas. Cuando me muestra uno de sus análisis yo me digo para qué me habré molestado en escribir con palabras siendo que muy bien pude hacerlo con letras y números ... Aunque acaso lo haga un día de estos: así le doy oportunidades al Profesor de que me la analice en buena prosa.

(Tenemos que esperar a que se acalle un murmullo de desaprobación que ha ondulado por entre el público).

—Aparte de aquella idea que le surgió cuando el Profesor enseñaba el *Quijote*, ¿qué otras le han sugerido los cursos que él ha dictado?

—Una que actualmente desarrollo en la segunda parte de mi novela *Ohtumba*, la que llevará por título *UltraOhtumba*. Trata de un profesor y una alumna que al estudiar *La Celestina* empiezan a sentir un interés mutuo. Diría que se enamoran, pero las cosas no pasan de una relación platónica. El profesor tiene el buen tino de no casarse con la joven, porque, de hacerlo, ganaría una esposa y perdería una discípula ... Pero el asunto de fondo en la historia es que haya sido el texto de *La Celestina* lo que los ha unido. La obra de Fernando de Rojas, que trata de las andanzas de una alcahueta, se convierte en otra alcahueta, ahora en el plano real de dos vidas, y opera como intermediaria en sus afectos. ¿No le parece genial?

—¿Le parece a usted genial? —le preguntamos al Profesor.

—Me parece una repugnante inmoralidad. Los libros fueron escritos para ser estudiados, no para que contaminen, menos aún para que marquen un rumbo en la vida de sus lectores.

(El público recibe con un aplauso cerrado la respuesta del Profesor).

—Señor Escritor, hay dos novelas tuyas, *Con las manos en las rodillas* y la ya mencionada *Ohtumba*, donde los protagonistas son profesores, que traslucen cierta animadversión hacia el mundo académico. ¿Podría explicarnos la razón?

—Creo que sobre eso el Profesor puede responder por mí. En aquel punto me limité a ser su amanuense.

—¿Profesor?

—Bueno, no me agrada la pregunta ... pero debo confesar que a través del caballero que se sienta a su derecha busco liberarme de ciertos traumas que no deja de regalarme la actividad académica.

—Por lo tanto, usted está declarando que necesita al Escritor, y que en ese punto se produciría la famosa simbiosis.

—No sé si debo responder ... usted sabe, yo soy profesor titular, tengo que pensar en mi cátedra ...

—¡Sí o no!

(El profesor suspira).

—Bueno ... no me queda otro camino que reconocer que usted se halla en la razón.

—Ya que mencionó la palabra “trauma”, ¿podría contarnos alguna experiencia de esas?

—¿Es absolutamente necesario?

—Absolutamente. ¿No está viendo que el público lo pide?

(El Profesor sonríe con una sonrisa de conejo, tira de las solapas del vestón y se toca el nudo de la corbata).

—Si no le importa, dejaré las experiencias traumáticas para otra oportunidad. Le contaré dos que sólo llamaría incómodas. Una, cuando un chofer de taxi, que al preguntarme a qué me dedicaba, me comentó: “Literatura. Hum. Y dígame, ¿eso necesita ser enseñado?” ... La otra fue con un señor que, sin ser chofer de taxi, era igualmente certero en el arte de poner el intruso dedo en la mera llaga. Me dijo: “Profesión muy segura la suya, mi amigo. Si un profesor de cirugía se equivoca en enseñarle al alumno el manejo del bisturí, habrá un paciente que sufrirá las consecuencias. En cambio, si usted se ha equivocado en la forma de interpretar una obra o si le enseña a su alumno que *La Divina Comedia* la escribió Cervantes, nadie saldrá mayormente perjudicado. ¡Sí, mi amigo, profesión muy segura la suya!”

—Y usted, ¿qué conclusiones sacó de todo eso? —le preguntamos.

—Me hizo comprender la irremediable intrascendencia de nuestro noble quehacer —responde el Profesor con un sollozo.

—Y usted —nos dirigimos al Escritor—, ¿qué conclusiones sacaría?

—Una sola y muy simple: en vez de gastarme en lamentos por la intrascendencia que el Profesor le ve al estudio de la literatura, yo buscaría el modo de usar su anécdota para una buena historia ... Y ya que estamos en esto, se me acaba de ocurrir una. Cierta borrico irresponsable le ha enseñado a sus alumnos que Cervantes es el autor de una de mis novelas. Los muchachos se largan por la vida repitiendo el error. Y la consecuencia, al cabo de un interminable encadenamiento de hechos, es nada menos que el fin de la civilización y también del planeta.

(Miramos la hora).

—Caballeros, debo anunciarles que les quedan tres minutos ... al programa, me refiero; no al planeta. Vamos, por lo tanto, a las últimas preguntas. ¿Cuál es para usted el colmo de la miseria del Profesor? —le preguntamos al Escritor.

—Que un médico o un abogado tengan derecho a cobrar por una simple consulta profesional; en cambio a nadie se le pasaría por la mente pagarle al Profesor cuando éste recomienda un buen libro como regalo de Navidad.

—¿Y cuál es la desventaja que usted le ve al oficio de enseñar?

—Que la clase que el Profesor dictó pudo ser mucho mejor, y que él no tendrá otra oportunidad de corregirla. La docencia es un arte del tiempo.

—Y a usted —le preguntamos al Profesor—, ¿qué le duele más en el Escritor?

—Que el pobre está condenado a la maldición de Schopenhauer: terminado el goce de haber escrito un libro, empieza el dolor de saber que tiene que escribir otro, el cual deberá ser mejor que el anterior.

(El público acoge la respuesta con un aplauso cerrado).

—Mis estimados amigos —anunciamos—, vamos llegando al final de nuestro programa. Pero aún nos quedan dos segundos. ¿Desea uno de ustedes agregar algo a lo dicho?

(El Escritor levanta un dedo).

—¡Yo tengo algo que agregar! Por todo lo que hemos hablado, está muy claro que de no existir yo, ese *parásito* no tendría nada que ni sobre qué enseñar.

(Nos volvemos hacia el Profesor).

—Tiene un segundo para responder.

—De no existir yo —pronuncia el Profesor con calma—, ese *vampiro* no tendría nada de qué ni sobre qué escribir.

(Ambos se levantan y avanzan el uno hacia el otro. En sus semblantes se advierte el gesto decidido de agredirse. Mas, para gran sorpresa nuestra y del público presente, cuando estamos seguros de que la agresión es irremediable, los dos se confunden —¡sí, señoras y señores!— literalmente se confunden en un abrazo y ambos, Profesor y Escritor, vuelven a ser una sola y misma persona).